



Uno de los poemas más famosos de los muchos escritos por los españoles exiliados en México es sin duda “Entre España y México”, de Pedro Garfias. Casi en cualquier acto de recordación de lo que fue, ha sido, y sigue siendo el exilio republicano en México se recita estos versos, como si ellos constituyeran algo así como el himno nacional de los propios refugiados.

El prestigio que el poema ha gozado a lo largo de los años es bien entendible, porque, en efecto, se trata de una composición muy hermosa, y muy sentida, que resume en términos claros y precisos no sólo el reto que el exilio supuso para todos los que buscaron refugio en México al final de la guerra civil, sino también el profundo compromiso personal y colectivo con que ellos asumieron ese reto. Pero, con todo, creo que el poema llama la atención por otros motivos, que sólo se hacen evidentes cuando recordamos el momento muy concreto en que fue escrito. Porque esta celebración del encuentro entre españoles y mexicanos no fue el resultado de largos años de convivencia feliz, sino más bien la emocionada anticipación de esa experiencia. El poema, de hecho, fue escrito antes de que el propio autor pisara tierra mexicana

por primera vez. Como indica la acotación que suele acompañar el título, los versos fueron compuestos “A bordo del Sinaia”, es decir, en la primera quincena del mes de junio de 1939, mientras Garfias, junto con otros mil 800 compatriotas suyos, viajaba en barco desde la costa mediterránea de Francia hacia el puerto de Veracruz. Por lo mismo, los sentimientos volcados en el poema expresan, no un conocimiento directo del país a donde todos se dirigían, sino tan sólo las buenas intenciones que los refugiados tenían de hacerse dignos de la generosa invitación que les había extendido el gobierno de Lázaro Cárdenas de exiliarse en México.

El poema se publicó el 12 de junio de 1939, en el último de los dieciocho números que se editaron del diario de a bordo, que llevaba el mismo nombre que el barco, el *Sinaia*. Cabe señalar que si bien en el diario



se recogen dos ejemplos de poesía popular mexicana, un corrido de la revolución mexicana titulado “La toma de Ciudad Juárez” y un “Himno del campesino valiente”¹, el poema de Garfias es el único firmado por un refugiado español. Garfias ya contaba, desde luego, con indiscutible prestigio literario; un prestigio que se había ganado como uno de los grandes promotores del ultraísmo poético de la España de los años veinte, pero también, y sobre todo, en tanto poeta de la guerra civil, plenamente comprometido con la causa de la República. Por otra parte, resulta interesante observar

da en un magnífico recital de Pedro Garfias, cuyos temas están inspirados en nuestra guerra de Independencia [es decir, en la guerra civil española]. (*Sinaia* 4: 6)

Sobre otro recital, algo más improvisado, leemos en el diario la siguiente crónica, que capta muy bien el gran impacto que Garfias evidentemente causó a la hora de leer sus versos:

En la noche ceñida de a bordo, sobre el Mar Caribe. Se reúne un grupo amistoso, como de costumbre. / Y

“Entre España y México”

Notas sobre un poema de Pedro Garfias

que, en alguna tertulia celebrada a bordo, Garfias ya se había dado a conocer a los demás refugiados que viajaban con él en el *Sinaia*. Una nota publicada en el boletín de a bordo ofrece un breve resumen de la fiesta en cuestión, que según leemos:

Resultó enteramente espontánea, con un tono cordial, muy español, muy nuestro. La vivacidad del speaker, la interpretación de canciones andaluzas, trozos corales, poesías catalanas. Se bailó a discreción. Culminó la vela-

uno del corro, de cabeza aguileña, tono de andaluz seco —cordobés—, recita sus romances, hincando su génesis en la guerra de independencia, en la pasión de pueblo, en el gusto del valor limpio, en la emoción de serranía, en la reciedumbre ideológica. No es lirismo de señorito almibarado, sino natural expansión poética de luchador temperamental, testimonio acendrado de españolismo. (*Sinaia* 15: 4)

La obra de Garfias de más reciente creación era la extensa composición, todavía inédita, que publicaría dos años más tarde bajo el título de *Primavera en Eaton Hastings*. Se trataba de un largo “Poema bucólico con intermedio de llanto”, tal y como el propio autor habría de bautizarlo, escrito durante los casi tres meses, de marzo a mayo de 1939, que pasó exiliado en

¹ Véanse el número 4 (29 de mayo de 1939: 4) y el número 14 (8 de junio de 1939: 4) de *Sinaia*, respectivamente. En adelante se citará según la reedición facsimilar de la revista recogida en *Los barcos de la libertad. Diarios de viaje*. *Sinaia, Ipanema y Mexique* (mayo-julio de 1939) (2006), presentación de Fernando Serrano Migallón. México: El Colegio de México.

Inglaterra —una temporada, según parece, muy sombría, durante la cual vivió abatido por el dolor que le causara la pérdida de España. Si el poeta prefirió no incluir versos de esta obra nueva en el recital que brindó a sus amigos del Sinaia, centrándose más bien en aquellos otros más antiguos, escritos con motivo de la guerra civil, seguramente fue porque el tono heroico de los poemas de guerra estaba más afín con el nuevo optimismo que se había generado entre todos durante la travesía. Así, a juzgar por la crónica publicada en el diario, su recital se convirtió en una especie de reescenificación de algunas de las circunstancias más dramáticas del conflicto armado:

Exhorta a la retaguardia valenciana a sacudir su atonía —leemos en la misma reseña—. Recuerda los combates —heroicos, jaretos [sic] pintorescos— de Pozoblanco. Canta la dura gloria lozana de Madrid. Testifica el nervio ejemplar de su comandante: palabras de Comisario y de artista. Dice, ahogando cada terminación, sin muelles puntos suspensivos, estos y otros comentarios entrañables de la contienda. Gran parte de ellos no están escritos ni publicados, los registra sólo la memoria. El autor elude rubricarlos, ambiciona que se decanten en el coplero anónimo de las gentes del Sur, mañana. No les falta una adecuada explicación —mitad anecdótica, porción de juicio crítico, remembranza de paisaje—, que aporta los marginales aspectos expresivos del ambiente ante el auditorio íntimo, con un valor actual que resalta la trascendencia, la fecundidad del esfuerzo antifascista. (*Sinaia* 15: 4)

A diferencia de lo que nos da a entender el anónimo autor de esta crónica, Garfias sí decidió recoger en forma de libro los versos inspirados por la guerra civil. Algunos ya los había dado a conocer en *Héroes de Sur*, volumen publicado en España en 1938; otros más aparecerían, en 1941, reunidos en un libro titulado *Poesías de la guerra española*, que también recogería, por cierto, el poema que nos ocupa aquí: “Entre España y México”. Por lo mismo cabe identificar con relativa facilidad algunos de los poemas mencionados en esta reseña: por ejemplo, los dos escritos para celebrar la victoria republicana en Pozoblanco, Córdoba, en marzo de 1937: “Defensa de Pozoblanco” y “Liberación de Pozoblanco”; o también “Madrid”, el romance dedicado a celebrar la heroica defensa de la capital española y cuya primera parte constituye una emocionada exhortación:

Déjame mirarte bien
con mis dos ojos abiertos,
Madrid de las casas rotas
y del corazón entero.
Déjame mirarte bien
con un mirar largo y lento
que te recorra la piel
y te penetre los huesos.
Que cada herida en tu carne
abra una herida en mi pecho.
Que cada lágrima tuya
fluya por mis ojos ciegos,
ciudad abierta a la muerte
por la tierra y por el cielo.
Déjame mirarte bien
que quiero llevarme dentro
para mil eternidades
tu recuerdo. (Garfias, 1993: 135)

Si, como parece, el recital no incluyó el poema “Entre España y México”, sin duda fue porque Garfias todavía no lo había escrito. La crónica data del 9 de junio; según la fecha que figura al pie de la versión publicada el 12 de junio, el poema fue compuesto (o el poeta dio por terminada su redacción) el día 10. Gracias al testimonio de otro pasajero a bordo, Juan Rejano (1967), sabemos que la creación de estos versos debió no poco al esfuerzo, coordinado por el mismo Rejano, por juntar “un álbum literario y artístico, que sería entregado, como homenaje de los republicanos españoles del ‘Sinaia’, al general Cárdenas”, a su llegada, ya no a Veracruz, que era el destino del barco, sino a la ciudad de México. Sobre el paradero de este álbum, por cierto, parece existir cierta confusión. Mientras Rejano da a entender que se editó como una obra al margen del boletín, el hecho es que todas las colaboraciones que el poeta cordobés relaciona con este proyecto, incluido entre ellas el poema de Garfias, vieron la luz en el último número del diario *Sinaia*, que por ello mismo debe constituir el álbum mencionado (por algo este número 18 de *Sinaia* abarca tres veces el número de páginas que las entregas anteriores)². Sea como sea, conviene retomar

² El colofón del último número deja la cuestión fuera de toda duda, según creo. Allí se lee lo siguiente: “Se comenzó y acabó este álbum de homenaje a México el día doce de junio de mil novecientos treinta y nueve, a bordo del ‘Sinaia’, en la primera expedición de republicanos españoles, con la natural escasez de medios de una larga travesía. / Llevó su dirección

el testimonio de Rejano porque, como ya he adelantado, nos ofrece detalles muy precisos sobre las circunstancias en que el poema de Garfias fue escrito:

Tracé el plan, reuní a los escritores, periodistas y pintores que venían a bordo y, después de discutir mi guión, cada uno aceptó la responsabilidad de llenar unas páginas (...). Pensé que en el álbum debía figurar un trabajo esencialmente poético, pero mis gestiones acerca de quienes podían escribirlo no dieron al principio resultado. Los dos o tres poetas que venían en la expedición se mostraban reacios, quizá por el largo tiempo que llevaban alejados de sus propias tareas, o tal vez porque el “compromiso” tenía un cariz de “circunstancias” que no todos los escritores aceptan fácilmente. Yo mismo, que acaso hubiera podido acometer modestamente la empresa, me descarté de antemano, escudándome en un breve ensayo en prosa sobre la revolución mexicana que alguien me confió, y en los cuidados y atenciones que requería la dirección del álbum. A pesar de estos tropiezos no desistí de mi propósito, y dirigí —de nuevo— mis tiros a Pedro Garfias. Ya lo había consultado antes y, aunque su primera respuesta fue negativa, tenía yo la convicción de que conseguiría de él el poema que necesitaba. (1)

Resultó justificada la confianza que Rejano tenía depositada en su amigo, porque poco después Garfias empezó, en efecto, a componer en su mente los primeros versos del poema “Entre España y México”. “A Garfias le gustaba que yo le dijera, en la soledad de la noche, viejas canciones que le recordaban Andalucía”, seguiría contándonos Rejano.

Yo me valí, en la ocasión, de esta escasa habilidad mía, y de una botella de ron isleño que nos habían regalado, para hacerlo entrar en situación, como se dice en argot teatral. Después de dejar temblando en el aire los ‘tercios’ de una ‘soleá’, hice como que me alejaba un momento, volví después sobre mis pasos, me recosté en una hamaca y fingí adormecerme. Pasó algún tiempo. No sé cuánto. Quizá una hora. Yo persistía en mi silen-

literaria Juan Rejano. Ilustraron sus páginas José Bardasano, Germán Horacio y Ramón Peinador. Y la confección artística corrió a cargo de Juan Varea, con la colaboración de un animoso grupo de Maestros de Primera Enseñanza y de obreros de diversas profesiones”. Véase *Sinaia* número 18 (12 de junio de 1939: 21).

cio. Y de pronto Garfias comenzó a recitar, como si estuviera solo. (2)

Y así nació la primera estrofa del poema, que a diferencia de lo que la crónica de Rejano nos llevaría a esperar, tiene de todo menos de “soleá” andaluza:

Qué hilo tan fino, qué delgado junco
—de acero fiel—, nos une y nos separa,
con España presente en el recuerdo,
con México presente en la esperanza.
Repite el mar sus cóncavos azules,
repite el cielo sus tranquilas aguas,
y entre el cielo y el mar ensayan vuelos
de análoga ambición, nuestras miradas.³

Se trata de una estrofa de ocho versos endecasílabos con rima asonante en los versos pares —esquema métrico conocido como “romance heroico” y con el cual el poeta también había arrancado, por cierto, al escribir la primera sección de su *Primavera en Eaton Hastings*, pero que no había empleado en sus versos de guerra, donde predominaban los romances de ocho y de siete sílabas, así como el verso libre. El verso clásico de Garcilaso, de Quevedo y de Góngora, le ofrecía un ritmo reflexivo, sin duda más adecuado para su nueva situación vital; aunque el esquema de rima de todos modos puede interpretarse como un eco, algo lejano ya, del mundo épico cantado en los romances. La estrofa, por otra parte, ofrece una bella introducción a lo que va a ser el tema del poema: la tensión que existe entre las dos miradas del poeta, una volteada hacia el pasado, la otra dirigida hacia el futuro; una que recuerda los ideales por los que se luchaba en España, la otra que se fija en la posibilidad de retomarlos en el mundo nuevo adonde se dirige, es decir, en México. El poeta se aferra a los dos pensamientos, que —según este planteamiento— resultan ser uno y el mismo, y que por lo mismo, unen a España con México. Esta noción, formulada sucintamente en los cuatro primeros versos, luego se retoma en los cuatro que siguen, que presentan

³ Seguimos aquí, y a continuación, el texto que se publicó en *Sinaia* número 18 (12 de junio de 1939: 19). En esta edición la apostilla sobre el lugar de redacción de los versos (“A bordo del ‘Sinaia’”) figura, junto con la fecha, al final del poema.

la relación entre pasado y futuro, entre España y México, en términos de la relación entre mar y cielo, que se miran el uno en el otro, dando fe así de su “análoga ambición”. La hermosa plasticidad de las imágenes —“los cóncavos azules” del cielo que se reflejan en el mar y las “tranquilas aguas” que se repiten en el cielo, junto con el vuelo rítmico del propio verso confieren al pensamiento del poeta una firmeza y una certeza del todo felices. Pasado y futuro, aunque aparentemente opuestos entre sí, ya empiezan a reconciliarse en la visión del poeta.

Siguiendo una exposición lógica, la segunda estrofa abunda más sobre la relación del poeta con la patria que ha tenido que abandonar:

España que perdimos, no nos pierdas,
guárdanos en tu frente derrumbada,
conserva a tu costado el hueco vivo
de nuestra ausencia amarga,
que un día volveremos, más veloces,
sobre la densa y poderosa espalda
de este mar, con los brazos ondeantes
y el latido del mar en la garganta.

Aunque se asoma de repente un verso heptasílabo, esta segunda parte del poema obedece, en general, a la misma estructura métrica y de rima que la primera. Sin embargo, se observa aquí una nota más íntima, más personalizada. Y es que por primera vez el poeta reconoce el sentimiento de pérdida que lo embarga. Una pérdida que amenaza con ser doble, porque, a la pérdida de la patria que se acaba de vivir, se agrega la posibilidad de otra merma no menos angustiante para un exiliado: la de que la patria misma se olvide de él. Es decir, en los primeros versos de esta segunda estrofa descubrimos el lado negativo de lo que se ha afirmado en la primera: tanto el pasado como el futuro podrían no ser más que quebrantos que acumulen pérdida sobre pérdida.

Pero el poeta evidentemente no quiere entregarse a este pesimismo. Así la estrofa finalmente se estructura, no como un llanto, sino como una petición, como un enérgico llamamiento a la patria para que ella no se olvide ni de él ni de los demás exiliados. Lo curioso es que, al hacer este llamamiento, Garfias no se dirige a los republicanos que se han quedado en España, sino a España misma, como si viera en ella una especie de figura materna que, pese a “su frente derrumbada”, fuese capaz



de sentir a su costado “el hueco vivo de nuestra ausencia amarga” y, por lo mismo, de recordarla.

El poeta le insta a España a que no los olvide, argumentando, además, que quienes, como él, se han marchado, tarde o temprano volverán a casa, y no sólo eso, sino que además volverán “más veloces” que antes y también más fuertes, “con los brazos ondeantes / y el latido del mar en la garganta”. Aquí, de nuevo, llama la atención la ausencia de cualquier alusión política: es decir, el poeta no hace mención alguna de las condiciones que tendrían que privar en España para que los refugiados pudieran volver —no hace ninguna referencia, por ejemplo, a la necesidad de que caiga Franco. Aunque leídos en el contexto de lo que se afirma en la primera estrofa, estos versos sí insinúan la idea de que, si los exiliados llegan a volver a su casa más fuertes que antes, será porque México les permitirá cumplir esa entrañable “ambición”.

Sobre el deseado encuentro con México, un encuentro que el poeta todavía no ha podido más que entrever a través de la imaginación, versa la tercera y última estrofa, que resulta ser algo más extensa que las dos anteriores —doce versos en lugar de ocho, y uno de ellos heptasílabo en lugar de endecasílabo—; sin embargo, el esquema de rima asonante, que sigue



el mismo patrón que las dos estrofas anteriores, asegura la unidad y la continuidad del conjunto:

Y tú, México libre, pueblo abierto
al ágil viento y a la luz del alba,
indios de clara estirpe, campesinos
con tierras, con simientes y con máquinas,
proletarios gigantes, de anchas manos
que forjan el destino de la Patria,
pueblo libre de México:
Como otro tiempo por la mar salada
te va un río español de sangre roja,
de generosa sangre desbordada...
Pero eres tú, esta vez, quien nos conquistas,
y para siempre, ¡oh, vieja y nueva España!

Esta invocación de México es a la vez una anticipación del mundo que el poeta imagina que le espera al llegar a Veracruz: una anticipación que Garfías habrá ido configurando, animado en no pequeña parte por los artículos sobre el México de Cárdenas que iba leyendo en el diario a bordo. De ahí su celebración de la libertad que goza la raza indígena —los “indios de clara estirpe”—, su elogio de la reforma agraria —los “campesinos con tierras, con

simientes y con máquinas”—, así como la admiración que ya de antemano le merece la fuerza de la clase obrera —“proletarios gigantes, de anchas manos / que forjan el destino de la Patria”—. Todo en México, el poeta está seguro, va a coincidir con los valores que él mismo ha defendido como republicano durante la guerra civil. Aunque, dicho esto, es sintomática de cierto recelo de su parte la inesperada alusión histórica con que el poeta termina la estrofa —y junto con la estrofa, el poema. Para cualquier español que llega al Nuevo Mundo resulta muy difícil, desde luego, no recordar la historia de la conquista de América, y Garfías no es ninguna excepción. Lo que sí es nuevo, sin embargo, es el giro que da a este paralelismo. Porque si bien esta expedición de mil 800 españoles que se trasladan en barco a México podría interpretarse como una nueva conquista que los peninsulares quisieran hacer de su antigua colonia, el poeta se apresura a señalar, primero, que se trata de españoles de “sangre roja” —es decir, de revolucionarios comprometidos con la causa popular—, y en segundo lugar, que serán los propios españoles quienes, con motivo de este nuevo encuentro, terminen siendo los vencidos, y no los mexicanos. Porque en esta ocasión va a ser el México de Cárdenas el que va a conquistar, con su ejemplo y con su generosidad, a una nueva España, que nada tiene que ver —se entiende— con la España de Hernán Cortés.⁴

Después de hacer esta breve lectura, resulta fácil comprender que “Entre España y México” se convirtió, muy poco después de su redacción, en uno de los textos paradigmáticos del exilio español en México. Si en 1967 Juan Rejano lo habría de llamar “el evangelio del nuevo emigrante español”, fue porque, en efecto, pocos de los muchos textos escritos por los españoles exiliados en México ofrecerían una imagen tan feliz de la integración del republicano español a la sociedad mexicana: “No se ha escrito otra página mejor desde nuestra llegada a América”, insistiría Rejano.

⁴ Este, al menos, fue el sentido que el propio Garfías quiso, sin duda, darle a su poema. Y, sin embargo, no deja de despertar cierta extrañeza el último verso, con su invocación a un México que finalmente se celebra en tanto encarnación de la “vieja y nueva España”. Al toparse inesperadamente con estas últimas palabras, el lector se pregunta si, de repente, el acendrado españolismo del poeta no le estaría traicionando, muy a pesar suyo. Le agradezco a Gabriel Rojo el que me haya llamado la atención sobre este detalle.

Ni se ha concebido una política más cuerda. Política que, por los cauces sensibles de la poesía, llega a lo más noble y justo del pensamiento. Con esos versos ha ganado Garfías en México más adhesiones a nuestra causa que muchos de los hombres que políticamente la representan. Con esos versos ha recorrido ejidos, sindicatos, centros culturales, pueblos y ciudades. Los ha dicho ante muchedumbres que lo han aclamado fervorosamente. Y, dondequiera que su voz ha resonado, ha dejado una estela de gratitud, de simpatía... (2)

Este entusiasmo, repito, es bien entendible. Porque “Entre España y México” no sólo resume la gran tensión ideológica en que vivía la mayoría de los exiliados al acercarse a las costas mexicanas, sino también anuncia una solución muy feliz a esta tensión, al señalar cómo la integración a la revolución mexicana va a suponer, a la vez, la posibilidad de seguir en la misma lucha antifascista emprendida por la República Española. Es un poema que recoge el sentimiento de pérdida de los republicanos del exilio, así como su deseo de volver a casa; pero al mismo tiempo es un poema que expresa la firme intención del poeta de dejarse conquistar por un México revolucionario cuyos grandes logros subraya y elogia. Finalmente, se trata de un poema que también anticipa una de las principales censuras que los refugiados temían que se les pudiera hacer en un país acostumbrado ya a la llegada de españoles a sus costas: el de que no eran sino otra ola más de emigrantes preocupados únicamente por explotar a los habitantes más pobres y más necesitados de México. En efecto, pocos poemas sobre el exilio republicano español dicen tanto de manera tan sucinta y tan emotiva.

Y, sin embargo, el lector actual difícilmente puede vencer la extrañeza al descubrir que los exiliados hayan seguido reuniéndose bajo la bandera de este poema unos sesenta años —o más— después de que fuera escrito. ¿La realidad del mundo mexicano efectivamente coincidió con las expectativas de los exiliados, tal y como éstas fueron resumidas por Pedro Garfías a bordo del Sinaia? ¿La integración a la sociedad de México resultó tan plena y tan inmediata como el poeta auguró en su poema? ¿La incorporación de los exiliados españoles a la revolución mexicana fue en tal grado satisfactoria que hizo que ellos perdieran toda nostalgia por su propio país? Una breve ojeada a la historia nos señalaría que, al contrario, a lo largo de su exilio los republicanos pasaron por grandes decepciones que les hicieron replantear una

y otra vez el sentido de su estancia en México; que si bien nunca dejaron de sentir —y de expresar— un profundo agradecimiento al presidente Lázaro Cárdenas, que les había permitido salvar y luego rehacer sus vidas, tampoco les resultó fácil insertarse en una sociedad que finalmente no correspondía del todo a lo que esperaban encontrar.

Aquí conviene referirnos muy brevemente, y para terminar, a otro poema de Garfías, que éste escribió poco después de terminado el desembarco en Veracruz y que tuvo como finalidad acompañar la entrega al Presidente Cárdenas del ya mencionado “álbum literario y artístico”. Allí el poeta sugiere que, al bajar del Sinaia, los refugiados habrían vivido un momento de indecisión, mientras se preguntaban: “¿qué éramos, ante el signo del mañana, qué éramos?” Pero en seguida el sentido de su nueva situación se les habrá hecho evidente: “Los hombres restallaron como trigales secos. / Los ancianos lloraron... y todos comprendieron. / ¡Éramos mexicanos!” (Garfías: 1993: 143) Desde luego, la adaptación del refugiado español a la sociedad mexicana supuso un proceso mucho más lento y bastante más complicado.

Si bien Cárdenas, con gran generosidad, había abierto las puertas de México a los exiliados, la verdad es que una parte considerable de la población mexicana no estaba de acuerdo con esta medida. Los obreros, porque temían, muchos de ellos —y a diferencia de lo que les enseñaban los líderes sindicales—, que los refugiados llegaran a quitarles su fuente de trabajo y porque no siempre les resultaba fácil distinguir entre un refugiado y lo que llamaban, despectivamente, el *gachupín*. Los representantes de la derecha, porque se oponían por principio a cualquier medida tomada por un gobierno socialista, como pretendía serlo el de Cárdenas. Por otra parte, entre los muy diversos abanderados de la Revolución Mexicana, se libraban pugnas por el poder que sólo sirvieron par desconcertar a los exiliados. Esto se hizo especialmente evidente a partir de la campaña electoral para elegir al sucesor de Cárdenas, un proceso violento y corrupto que finalmente desembocó, en 1940, en la elección de un político, Manuel Ávila Camacho, que resultó ser un hombre de ideas mucho más conservadoras que Cárdenas. En una carta escrita hacia finales de 1939, otro exiliado español que llegó a bordo del Sinaia, Antonio Sánchez Barbudo, escribió la siguiente descripción del panorama político mexicano, tal y como él lo percibía entonces:

La política, muy confusa y casi incomprensible para nosotros. Todo el mundo habla en nombre de la revolución, pero veo que todo el mundo es reaccionario. No hay partidos ni ideas —salvo el PC, naturalmente, débil todavía—, ni en general hay hombres y se hace una política de oportunismo. En todo caso nuestra situación aquí parece estable, aunque casi todos los periódicos de derecha nos ataquen, o en todo caso, se resignen de mala gana ante nuestra llegada. Cárdenas y su pequeño diario [*El Nacional*] nos elogian, y, por otra parte, el partido de Cárdenas, una especie de frente popular con masas obreras afiliadas a una central sindical de más de un millón de personas, es el partido que decide todo. Parece que Cárdenas lucha contra la influencia izquierdista de ese grupo, pero él personalmente nos aprecia mucho... El candidato de derecha para las elecciones del próximo año, el candidato de los grupos fascistas, acaso ingresará en el partido revolucionario de Cárdenas para ser elegido candidato, pero si no entra o no sale elegido, se dice que organizará una sublevación. ¿Comprenden algo? Yo no, aunque los mexicanos tampoco: hablan de todo esto sin convicción y si se les pide que te lo expliquen o cómo es posible tal cosa, responden que “la política mexicana es así”.⁵

Desde luego, el testimonio de Sánchez Barbudo, escrito únicamente para ser leído por unos amigos en Francia, no tenía por qué reflejar la experiencia de todos los españoles exiliados en México. Pero, aun así, resulta evidente que la nueva sociedad en que los republicanos españoles se encontraban viviendo era cualquier cosa menos transparente. Y esta situación sólo se fue agudizando después del cambio de gobierno ocurrido en 1940. A partir de esa fecha, y puesto que no pudieron participar directamente en la vida política del país —la Constitución Mexicana se los prohibía—, los exiliados tuvieron que permanecer callados mientras que el partido en el poder —el que en 1934 había dado pie al gobierno de Cárdenas— poco a poco fue gravitando hacia la derecha, obstaculizando de esta manera la revolución misma que decía encabezar.

Pero si los exiliados no tardaron en preguntarse acerca del verdadero alcance del Partido de la

Revolución Mexicana, tampoco encontraron mayor consuelo en las grandes traiciones perpetradas en el escenario de la política internacional, donde los mismos aliados que derrotaron a los ejércitos de Hitler, de Mussolini y de Hirohito, se negaron, sin embargo, a tomar las medidas necesarias para derrocar a Franco. Así, en los años que siguieron inmediatamente al desenlace de la segunda Guerra Mundial, el legítimo reclamo del Gobierno Republicano en el exilio fue sacrificado, como muchas otras causas buenas, a los intereses geopolíticos de las grandes potencias que se hallaban enfrentadas ya para entonces en la Guerra Fría. Divididos entre sí por viejas rencillas políticas, los exiliados se fueron quedando cada vez más aislados, cada vez más viejos, cada vez más escépticos en cuanto a la posibilidad de volver alguna vez a su país. Con el paso de los años fueron echando raíces en México, donde en efecto pudieron trabajar y desarrollarse profesionalmente; muchos se casaron, tuvieron hijos y luego nietos; pero, desde luego, esta adaptación no era la integración rápida y fervorosa que Garfías había vaticinado en su poema. Finalmente, lo único que les quedaba era la conciencia de su propia rectitud ideológica y moral. Y de ahí, sin duda, le perenne actualidad del poema que hemos comentado, en tanto testimonio, no de la compleja y contradictoria experiencia efectivamente vivida por los exiliados durante más de tres o cuatro décadas, sino del fervor y del agradecimiento con que se entregaron a su nuevo país de arraigo. El que la historia no estuviera a la altura de sus buenas intenciones habla mal de la historia, mas no de ellos. ❧

Bibliografía

- Aznar Soler, Manuel (1993). “Antonio Sánchez Barbudo, cronista y crítico de la literatura española republicana” en *Antonio Sánchez Barbudo. Humanismo actual y crítico*. Número monográfico de la revista *Anthropos*, 149. Barcelona: (octubre de 1993).
- Garfías, Pedro (1993). *Obra poética completa*. Edición de José María Barreira López. Ecija: Editorial Gráficas Sol.
- “La fiesta de anoche”, *Sinaia* 4 (29 de mayo de 1939), en *Los barcos de la libertad. Diarios de viaje*. Sinaia, Ipanemay Mexique (mayo-julio de 1939) (2006). Presentación de Fernando Serrano Migallón. México: El Colegio de México.
- “Nuestros expedicionarios. Pedro Garfías”, *Sinaia* 15 (9 de junio de 1939), en *Los barcos de la libertad. Diarios de viaje*. Sinaia, Ipanema y Mexique (mayo-julio de 1939) (2006). Presentación de Fernando Serrano Migallón. México: El Colegio de México.
- Rejano, Juan (1967). “Poesía e historia o historia de una poesía”, en *Revista Mexicana de Cultura*, suplemento de *El Nacional*, México, D.F. (3 de septiembre de 1967).

⁵ De una carta, sin fecha, de Antonio Sánchez Barbudo a Jean-Richard Bloch y su esposa. *Apud* Manuel Aznar Soler (Sánchez Barbudo, en *Anthropos* 149: 49).